

Entrevista a Mario Rey

María Eugenia Rojas

1. Hola, Mario, ¿puedes identificar de dónde viene tu amor por la escritura?

Mi gusto por el arte de las letras hace parte de mi gusto por “lo bello”, para decirlo de una manera clásica, de mi fascinación por la estética y el arte. Yo nací en una familia muy pobre y nuestros primeros años transcurrieron en cuartos de inquilinatos en los cuales no había ni un cuadro ni un libro, pues mis padres no leían ni cultivaban el gusto por el arte; sin embargo, y no sé exactamente cómo ni por qué, quizás como respuesta a esa precariedad, me llamaban mucho la atención las imágenes “bonitas”: los rojos geranios del patio rodeados del verde de las hojas, en especial cuando granizaba y se cubría de reverberantes brillos blancos; la música que transmitía la radio, donde se colaban entre los boleros, los pasillos, los bambucos y las cumbias fragmentos de música clásica en los melodramas, algunos de cuyos acordes reconocí después en la salsa que aprendí a bailar para poder seguirle el paso a la novia que después sería la madre de mi hija; las coloridas estampas de los almanaques; alguna cerámica; las estampitas de colores de Walt Disney en la madera de la cuna de mi hermana; la soleada, pulcra y ordenada casa de mi abuela desbordante de plantas y flores, sus tacitas chinas, la suavidad y el rostro de mi tía, las niñas bonitas...

Con toda seguridad, el gusto de mi madre por “vestirme bien”, “elegante”, con muy pocas piezas, claro, pero bonitas, adquiridas en las mejores tiendas del centro de Cali o Bogotá, una vez al año, costumbre que contrastaba con el pragmatismo de mi abuela, quien me compraba la ropa en las aceras que bordeaban la galería, cuando íbamos a hacer el mercado...

En ese contexto, las historias de las radionovelas que escuchaba mi madre me distraían y me aficionaban al relato... Asimismo, en Palmira descubrí, mientras los grandes hacían la siesta, una emisora en la que contaban cuentos infantiles que me acompañaron y fueron alimentando mi gusto por otro tipo de relatos dramatizados... Y aunque me tensionaba y me molestaba que mi padre pretendiera que recitara poemas ante sus amigos en sus

noches bohemias, conocí mis primeros poemas a través de su sonora voz engolada: Lorca, Héctor Pedro Blomberg, una costumbre, la de la recitación, muy bogotana, muy decimonónica y muy colombiana; y Poe, sus cuentos de miedo leídos por mi tío Pedro, cuando lo iba a visitar atravesando solo la fría selva de la capital.

Recuerdo dos libros en especial: los varios tomos dorados de *El Tesoro de la Juventud*, que Nora, una amiga de mi tía Fanny, compró en Palmira para regalarle a su hija, que vivía en Bogotá, por sus historias y sus ilustraciones, y por la intermediación de esa especie de tía adoptiva, que me atraía profundamente; y *El Quijote para niños* que me regaló mi tía cuando tenía once años: la historia del hombre que había enloquecido de tanto leer me enloquecía y me hacía cosquillas... Y las historietas, claro: *Kalimán*, *Supermán*, *Batman*, *Educando a papá*, *Carlitos*, *La zorra y el cuervo*, *Memín Pinguín*, *El Santo*... ¡Y por supuesto *La Alegría de leer* y *La Cartilla Charry!*, donde di mis primeros pasos hacia los libros: “Mi mamá me ama”...

2 ¿Consideras que tu vida infantil o juvenil determinaron tus elecciones literarias?

Supongo que sí, ¿cómo no? Dicen los que saben que la vida de los seres humanos está determinada por las experiencias de la niñez: los cuentos de hadas, las fábulas que me leía una niña perversa algo mayor que yo que vivía en casa de mi abuela, mi Sherezada, con quien tenía una relación de competencia, deseo, amor y odio; *El Quijote*; *Corazón*; Zapata Olivella; *Bomba camará*, los cuentos de Umberto Valverde, que mis abuelos censuraron despertando más mi curiosidad, el reconocimiento en ellos de la realidad en la que vivía inmerso en el Barrio Obrero de Cali; una antología de cuento colombiano editada por *Letras Libres* o Zapata Olivella, ¿o Gérrimo?, creo; *María*, que terminó de forjar mi visión romántica del amor y la literatura y me hacía llorar a pesar de mis esfuerzos por reprimir las lágrimas... Y, por supuesto, las recomendaciones juveniles en el ambiente de izquierda de mi bachillerato en Santa Librada: *La Madre*, Camus, Kafka, Nicolás Guillén, Neruda, Silva, Mutis, el teatro del absurdo de Arrabal, Enrique Buenaventura, Santiago García, *El manifiesto comunista*, *El Libro Rojo de Mao*, *Las ideas estéticas de Marx*... Y *Cien años de soledad*,

indisolublemente ligada a un reto de mi padre: “¿Ya leíste *Cien años de soledad*? ¿No que tan comunista y tan intelectual?”, cuando tenía doce años.

Ahora, a la sombra del recuerdo de mi padre, vuelvo a caer en la cuenta de que su autoritaria presencia jugó un complejo y contradictorio papel en mi vida personal y en mi formación cultural: la exigencia interna de un canon muy rígido y exigente y el consecuente miedo y parálisis limitantes de mi expresión, lo que ha motivado y marcado una intensa y dura lucha de liberación y búsqueda que sólo ahora empieza a dar frutos... Por lo menos para mi liberación personal y mi acercamiento a la plenitud, a la paz y a la felicidad...

3. ¿Y cómo te vinculas con el cuento?

A través del cuento popular, en la radio, y en las largas y sesiones nocturnas que los vecinos de mi abuela tenían en la banca que ella sacaba a la acera de la esquina de la calurosa Palmira donde tenía su tienda, al amparo del refrescante viento; por cierto, recuerdo los cuentos de La Llorona de una ancianita que fumaba tabaco con la parte encendida en la boca, y los terribles cuentos de los distintos tipos de cortes de cabeza de la guerra entre liberales y conservadores; después, en los cuentos de Valverde y en una antología de cuentos de la violencia; y en los de Tomás Carrasquilla, Álvaro Cepeda Samudio, García Márquez y Juan Rulfo; poco después, en los de la revista mexicana *El Cuento*, que íbamos a buscar ilusionados a la Librería Nacional en la Plaza de Caycedo.

4. Nómbrame algunos escritores o maestros que influenciaron tu escritura...

En la juventud, además de los anteriores, me impactó la obra de Eduardo Caballero Calderón; quizás en el conjunto puedo reconocer dos constantes: la tendencia literaria que encuentra en la realidad un rico pozo para detenerse a pensar y reflexionar sobre la condición humana y sus conflictos sociales e internos, y la que se detiene en el halo de misterio que rodea al ser humano. Creo que en ese entonces llamaba más mi atención el asunto temático, pero poco a poco mi mirada se fue desplazando hacia la manera de contar, el tejido del relato y la construcción de imágenes.

5. ¿La experiencia de los viajes y el vivir tanto tiempo en México han enriquecido tu trabajo literario?

No podría asegurar de qué manera, supongo que sí, pues vivo en “La Región más Transparente del Aire” desde hace más de treinta años y mi vida en esta ciudad –uno vive en las ciudades, más que en los países– es ya parte constitutiva de mi ser, como mi ser caleño, ve; además, aquí estudié la maestría y el doctorado, y aquí he hecho la mayor parte de mis lecturas; asimismo, aquí he realizado mis investigaciones y planeado y redactado mis escritos, aunque muchos de ellos giren sobre mi experiencia caleño-colombiana, o mi mirada caleño-colombiana siga presente en mis lecturas, reflexiones y textos... Pero por mi forma de ser, por mi ser a la vez bogotano –otra ciudad que me ha marcado–, caleño y chilango, como nos llaman despectivamente los mexicanos que viven fuera de la capital, y por mi formación trotskista, he vivido o me he identificado más como latinoamericano que como colombiano o mexicano, lo que no quita que le vaya a Colombia y a México en el mundial, en ese orden, ni que extrañe la comida colombiana en México, y la mexicana en Colombia, ni que deje de admirar las culturas española y francesa, ni de disfrutar su cocina, ni de aceptar objetivamente que la comida mexicana es la más elaborada y variada, y que hay mujeres bonitas en todas partes...

Ahora, en cuestión de arte, aunque se puedan reconocer ciertas tendencias nacionales, se trata más de obras e individuos que de características muy especiales o de movimientos literarios o artísticos claramente nacionales o regionales, creo... Dicho lo anterior, sí pienso que mi ser se enriqueció espiritual y culturalmente con la experiencia vital en otro país, y en especial en una ciudad de tan gran condición y tradición cosmopolita, desde la época precortesiana, incluso; quizás el tomar conciencia de la gran variedad de culturas y experiencias humanas me ha permitido ser más consciente y auténticamente colombiano, mexicano, latinoamericano y universal, paradójicamente. ¿Cómo no estremecerse, gozar y enriquecerse, por ejemplo, con los poemas de Netzahualcóyotl o Sor Juana, o con las imponentes y armónicas arquitecturas mesoamericanas o con el reconocimiento de la familiaridad entre Quetzalcóatl y Bochica? Por otro lado, todo ello ha contribuido enormemente a que el peso de la red de

normas, cánones y prejuicios que he cargado gracias a una familia y a una educación patriarcal autoritaria disminuya, se desgaste y se diluya, y a que mi ser más íntimo y humano encuentre más caminos de liberación, autenticidad, paz y armonía.

6. ¿Qué define el carácter de un buen cuento?

Creo con Borges que la ambigüedad caracteriza la escritura literaria, la puedes llamar polifonía, polivalencia o multiplicidad de sentidos, según el teórico de moda; y con Cortázar, en la importancia del carácter especialmente significativo de la anécdota y en la condensación y tensión del relato.

7. ¿Te parece importante conocer las técnicas de escritura para lograr una buena producción literaria?

No necesariamente, de manera consciente; pero sí, ¿cómo decirlo?, de manera “natural”, es decir cultural, con un toque personal inexplicable: hay narradores natos, como García Márquez, quien “aprendió” en su niñez de la *Biblia* y las *Mil y una noches* narradas por su abuelo y los viejos que lo rodeaban, o poetas natos como Rimbaud, quien se dio el lujo de abandonar las letras a los diecinueve años con una gran obra... Al contrario, conozco centenares de estudiosos de la literatura y de las teorías literarias que no se atreven a escribir... Asimismo, hay otros como Mario Vargas Llosa, para mí un ejemplo de cómo el estudio y la enseñanza de la literatura, acompañados de una gran sensibilidad, entrega y capacidad de trabajo y disciplina pueden generar grandes obras... Pero los caminos de la escritura, como los del amor, son indescifrables y únicos...

Para mí, dada mi estructura primaria autoritaria, el conocimiento de la teoría y de las técnicas literarias fue bastante restrictivo, por no decir castrante: más que conocer cómo estaban escritas las grandes obras, asumía las técnicas y las estructuras como deber ser, como ejemplos irrepetibles a repetir, ¡paradoja absoluta!, pues, el arte es ruptura, innovación, libertad...

8. ¿Cómo te piensas en relación con tu contemporaneidad histórica, y la situación política actual de nuestro país?

¡Uffff! ¡Vaya pregunta!: Supongo que cuando uno ha tenido la suerte de sobrevivir y vivir más de tres décadas, lo contemporáneo ya hace referencia a dos o más épocas distintas, y entonces, necesariamente, uno habla desde el contraste y mirando más hacia atrás, evaluadoramente, que hacia un adelante deseable e ilusorio... La feroz e inhumana permanencia y reproducción de la situación de desigualdad social, económica y política, educativa, cultural, de salud y oportunidades, así como de la violencia que vivimos, a pesar de los pequeños avances democráticos y humanistas que hemos experimentado a partir de la luchas de algunos estudiantes, maestros, trabajadores, sectores democráticos de la clase media y la intelectualidad, y de uno que otro descarriado de la burguesía y la aristocracia; la traición y derrota de la URSS y China, la permanencia y crecimiento del peso de la derecha y la ultraderecha, las decepciones de algunos gobiernos de lo que podríamos llamar izquierda, incluso, su talante personalista, caudillista y antidemocrático, muchas veces claramente dictatorial, así como la reproducción de los vicios de algunos personajes de la derecha y la ultraderecha: corrupción, improvisación, nepotismo e intolerancia, como la Nicaragua de Ortega, la Venezuela de Maduro o el Brasil del PT; mis sentimientos, así como un mayor conocimiento crítico de la historia, me hacen pensar que sigue siendo necesaria y urgente la lucha contra la guerra, el deterioro ecológico, la explotación, la desigualdad social, la corrupción, la falta de democracia, pero ya no creo en una lucha de clases que conduzca a una dictadura del proletariado dirigido por un solo partido, dirigido por el secretario general y el comité central, ya no creo en el papel revolucionario de una clase, sector, etnia, sexo, religión, teoría o ideología per se...

Pienso que se trata de avanzar en las formas, instituciones y procesos democráticos y en la solución de los conflictos antes enunciados, y los que vayan apareciendo, con una visión que incluya las diferencias de ser, las diferencias de pensamiento y de creencias, que no se proponga la desaparición de las personas ni de los sectores sociales ni de las ideas diferentes, que lo haga con una visión incluyente y tolerante, que admita los diferentes procesos y velocidades de los distintos sectores de la humanidad hacia la construcción colectiva de una sociedad más humana y humanista, permitiéndose la experimentación y el error, en procesos en que, entre otras

cosas, no sólo se pretenda resolver las necesidades materiales sino las espirituales: el amor, el arte, la cultura... En armonía con el otro y con la naturaleza...

9. Háblame de un libro tuyo en particular...

¿De uno en particular?... Bueno, del libro de cuentos que estoy escribiendo... Nunca me sentí cuentista ni pensé que pudiera escribir cuentos, uno de los géneros narrativos más difícil, según dicen los que saben, por su carácter sintético, por la necesidad de concentración en una sola historia, así esté latente una segunda, necesariamente ligada a la primera, por la necesidad de que esa historia sea especialmente significativa, por la condición de que cuaje de un solo golpe, desde la primera a la última frase, con una intensidad y un ritmo armónicos con ella, por la necesidad de mantener la atención y la expectativa del lector...

Sólo había escrito un par de minicuentos a partir del estímulo de la excelente revista *Ekúoreo* de Harold Kremer y Guillermo Bustamante y de la clásica e imprescindible *El Cuento* de Edmundo Valadés, Juan Rulfo, Eraclio Zepeda, José de la Colina, Andrés Zaplana, Juan Antonio Ascencio, Agustín Monsreal, y luego Mempo Giardinelli, y Juan José Arreola, que no sé por qué no figura en la lista del Consejo de Redacción; pero desde el primero que intenté, “Metamorfosis”, publicado generosamente en *Ekúoreo*, me quedé con un gusanillo vivo y rondando, a la espera de esa especie de iluminación fugaz que da origen a la minificción, y algún día apareció otro en la computadora, “la sonrisa del caracol” y luego otro, “Ser diferente”, y otro, “Un teto único”, publicados para mi gran felicidad en *El Cuento*, y después el excelente cuentista Guillermo Samperio me invitó a crear una revista dedicada al género, que infortunadamente no pasó del primer número, y empecé a sentir y a pensar en relatos un poco más largos, y entonces me llegó tu excelente libro *Cada uno con su cuento*, y después *Narradores en su tinta*, y me sentí de nuevo muy estimulado, por los libros, por los cuentos de los amigos, y por tus palabras, y escribí un minicuento más largo que los brevísimos iniciales, “Cita”, y luego uno realmente más largo, “El último día de la madre”, el que vas a publicar y a comentar, el primero de una gran serie de cuentos que tienen como centro nuestra dolorida y contradictoria Colombia y América Latina.

10. ¿En qué lectores piensas cuando escribes?

Fundamentalmente en Mario Rey, en lo que siente y quiere contar, a ver si lo logra; después, en lo que podríamos llamar un “lector medio”, un lector común y corriente, sin dejar de pensar en mis amigos, por supuesto, que son, justamente, lo contrario, pues son grandes lectores, escritores y críticos; pero si tuviera que decidirme por uno de los dos tipos de lector, preferiría el segundo, sin duda...

11. ¿Tienes una rutina en tu escritura?

Podría decir que mi vida es bastante rutinaria: preparo e imparto clases, desde los 17 años, pues con esa actividad, que me apasiona y define, me gano la vida; hago un poco de ejercicio, escucho música y cocino; viajo, voy a exposiciones y veo cine; veo los noticieros, algunos programas de debate y fútbol; leo, investigo y escribo, y me relaciono con algunas personas, hoy en día muy pocas, y doy vueltas y pierdo el tiempo... Todo empieza faltando un cuarto para las seis de la mañana, cuando me levanto, voy al baño, me siento en flor de loto en la sala, con mi pequeño balcón de plátano, café, agave, veraneras, orquídeas y gardenias a mi izquierda, y medito por veinte minutos, todos los días, salvo contadísimas excepciones, desde hace un poco más de un cuarto de siglo...

12. ¿Concillas tu trabajo como docente universitario con tu producción literaria?

Es difícil encontrar una relación directa entre el día a día de los cursos y la escritura; pero, indirectamente, sí; trabajo como maestro de expresión oral y escrita con alumnos de primer semestre de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, una universidad creada por el entonces regente de la ciudad y hoy presidente electo de México Andrés Manuel López Obrador para atender a los jóvenes de las zonas marginadas de la ciudad, e imparto algunos cursos sobre literatura en esta misma universidad y en la UNAM; tanto mis alumnos como la preparación y el ejercicio docente en sí me han ayudado a formarme, a escribir mejor y a buscar y encontrar mejores maneras para una comunicación más directa y clara con el receptor, así como a enriquecer el acervo de lecturas y experiencias y observaciones sobre el ser humano y su deambular por la tierra, y a ser más tolerante, mejor ser

humano, más libre y más consciente de la eterna búsqueda de la huraña felicidad individual y social, cosas todas que, de alguna manera, me ayudan a escribir...

13. Creo que has reflexionado mucho sobre la Literatura infantil a cuya divulgación y enseñanza le has dedicado muchos años, cuéntame algo de eso.

Tuve la fortuna de tener una hija, Rosa Jimena, siendo muy joven; entonces me vi abocado a pensar en su formación, en distintas maneras de expresar el afecto y, por supuesto, en ese camino, los libros cobraron un valor adicional; en el proceso de leer para formarme mejor como padre y en el diario leerle a la niña me topé con la llamada literatura infantil, en especial, me reencontré con los cuentos de hadas, que revaloré gozosamente, y me topé con Bruno Bettelheim, quien me ayudó a entender mejor su valor, su ambigüedad, su multiplicidad de mensajes y valores.

Cuando viajé a México, como una manera de alimentar nuestra relación y su formación, busqué obras de autores y editoriales mexicanos para mandarle o leerle en casetes que le enviaba por correo o con los amigos; entonces, cuando tuve que escoger un tema para mi tesis de maestría, de manera natural pensé en el cuento infantil mexicano, abordé el asunto más sistemáticamente y escribí *El cuento infantil mexicano*; posteriormente, Ana Franco, editora en su momento de SM en México, me encargó una historia del “género” y escribí *Historia y muestra de la literatura infantil mexicana*, en donde he debido escribir entre comillas “literatura infantil”, como pienso hacer ahora en la segunda edición que estoy preparando con un capítulo de actualización, pues fue escrito en el 2000.

En síntesis, considero que no existe una tal “literatura infantil”, como no existe una literatura senil, ni femenina ni gay, ni transgénero, ni blanca ni negra ni amarilla, pues no existen características literarias particulares que permitan diferenciarla como un género; existe la literatura o, pleonásticamente, la buena literatura, que pueden leer los niños, los jóvenes, los maduros y los viejos, hombres y mujeres, transgéneros, gay, blancos, negros, amarillos, mestizos, mulatos, y un largo etcétera, y existe la imperiosa necesidad de alimentar en los niños su necesidad de arte y

literatura, de acercarlos a la música, al arte y al arte de la palabra, a la música y la pintura creadas con las palabras, en un proceso que depende de los padres y los maestros, desde los arrullos y las canciones de cuna, las fábulas, los juegos con palabras y los cuentos de hadas, hasta la novela, la poesía, el teatro y el ensayo, en una red de caminos formado por numerosas veredas, ramificaciones, desviaciones y retornos, que pueden ser transitados o no, sin un fin predeterminado, de múltiples maneras, dependiendo de la sensibilidad y la experiencia literaria de los guías.

Ahora bien, la mayor población hoy en día en nuestros países está formada por niños y jóvenes, y la industria editorial busca, como toda industria, la manera de vender sus productos, le urge vender más y más libros, entonces estimula una rama de su empresa dirigida a los pequeños y a los adolescentes, para vender más, para formar más lectores que más tarde compren más libros; en esa loable y lucrativa labor crea ferias, concursos, premios, autores, intermediarios, fans, y un público comprador; y en ese proceso no todo lo que se escribe, ¡ay!, alcanza el mágico nivel de lo artístico, como sucede en todos los géneros, regiones y ramas editoriales.

Por eso es tan importante, para mí, insistir en esta discusión; insisto para tratar de evitar que les den gato por liebre a los niños, para contribuir a la difusión de la literatura, para ayudar a satisfacer la necesidad de arte y literatura, en los infantes y, de paso, en los familiares y a los maestros, y para contribuir a que quienes aspiran a escribir lo puedan hacer libres de las cadenas de los estereotipos del mercado, al menos al escribir...

14. Háblame de los años 70 en Cali, y de cómo piensas tu militancia política después de tantos años alejado de tu país de origen.

En esa época nuestra ciudad fue un paraíso en donde felizmente tuve la suerte de vivir mi juventud: música, teatro y danza, cine, canto y baile, estudio, literatura y conciencia social, creatividad y búsqueda incansable de libertad personal y social... Yo tuve la fortuna de vivir mi despertar personal inmerso en un intenso despertar social, cultural y político: mientras desgarraba los lazos autoritarios paternos y desataba los amorosos lazos sobreprotectores y autoritarios del amor de mis abuelos, me descubría acompañado en la tierra donde reinaban Jorge Isaacs y el TEC, la Sonora

Matancera, Richi Ray, Bobby Cruz, Amparo Arrebato y Celia Cruz, ensoñaba el amor romántico y descubría las mieles y los sinsabores del amor real; renovaba la ensoñación de un viejo paraíso cambiante de máscara y empezaba a percibir detrás de su sonriente faz la miserablemente ajada del fondo, y tuve la fortuna de encontrarme en ese camino con maravillosas compañeras y maestras, con fraternos condiscípulos y maestros, grandes camaradas y amigos en la ilusión del cambio.

Felizmente, a pesar de las asperezas y desencantos de la vida y la realidad, la ilusión del amor personal y social sigue viva en mí; quizás menos romántica, quizás más realista, quizás, por eso mismo, más “verdadera” o ajustada a la realidad y, por lo mismo, más posible. Sigo buscando y viviendo el amor, y sigo trabajando por el cambio personal y social, tanto en México como en Colombia, básicamente con y en el ejercicio de la docencia, la escritura y la promoción cultural.

15. ¿Qué me puedes decir de tu novela Por las tierras del cóndor y del águila negra, publicada por La Universidad del Valle en Cali, Colombia, en el 2009?

En el proceso de conocimiento y conformación de mi identidad masculina crítica con el machismo y el autoritarismo, del cual somos víctimas y responsables todos, hombres y mujeres, me fijé en la imagen idealizada familiar del abuelo y en la crudamente real de mi padre, con los ojos de un niño que trata de descubrir el mundo con la ayuda de la mirada de una abuela sabia y pragmática, y quise dejar impreso en el papel ese viaje y ese descubrimiento, insertos en la historia de la Colombia de la primera mitad del siglo XX.

Una vez concluida se la mandé a algunos amigos y tuve la inmensa fortuna de que Fabio Martínez leyera mi viaje-novela por la vida de mi abuelo y Colombia hasta el asesinato de Gaitán, pensara que valía la pena que fuera leída y la impulsara en la Universidad del Valle que, junto a la Santiago de Cali constituyen mi “alma mater”.

16. En tu segunda novela, inédita, parece como si quisieras recuperar el mundo vivido en Cali en tus años juveniles, ¿o me equivoco en esta apreciación?

No, no te equivocas, das en el blanco; después del viaje al origen en mi primera novela, *Por las tierras del Cóndor y del Águila Negra*, en busca de mi identidad a través de las historias de vida de mi abuelo y mi padre en la Colombia de las primeras décadas del siglo pasado, desembarqué en el recuerdo y toma de conciencia de mi vida en la segunda mitad del siglo XX, y navegué a través de las historias de vida y las anécdotas reales e inventadas de mis amigos y yo, reales y ficticios, transfigurados, desfigurados y condensados, inventados y reinventados, todos. Quería reconocirme y conocerme, el que fui, el que quise ser, el que pude ser, y el que soy, en las ilusas historias de unos jóvenes apasionados e inconscientes que no contentos con vivir en su pequeño paraíso personal queríamos inventar uno colectivo que abarcara la totalidad de la sociedad y, ¿por qué no?, a la humanidad.

En esta novela, en proceso de revisión y en busca de editor, provisionalmente llamada *Memorias de un mediocre*, o *Memorias de un hombre del común* (así no se va a llamar, muy probablemente con toda seguridad...), cuento muy apretada y sintéticamente nuestros sueños, nuestras luchas y nuestras decepciones. Trato de presentar nuestro trabajo, nuestra ilusión y nuestra pasión por la “Revolución Socialista en Colombia, América Latina y el mundo”, ¡claro, cómo no!, con nuestras bondades, con nuestras ingenuidades, con nuestra ignorancia y ceguera, con nuestras contradicciones, con nuestros errores; relatos que expresan, unas veces de manera latente, otras de manera explícita, las reflexiones que me acompañan y nos acompañan alrededor del porqué de nuestro “fracaso”, del enorme peso de la ausencia de la reflexión ética en nuestro proceso formativo y en nuestra “praxis” política, del craso error de creer que como éramos críticos y revolucionarios éramos inmunes o refractarios a lo que criticábamos, que éramos excepcionales, que poseíamos la verdad... ¡Vaya paradoja, trágica y cómica!

17. Has sido editor de varios libros en México, ¿qué te deja esa experiencia?

Bueno, he sido chofer de una camioneta transportadora de mercados y de la revista *Alternativa*, lector, maestro, restaurantero, vendedor de mostrador de una tienda, una zapatería y una papelería, actor, titiritero, fotógrafo y cuentacuentos, editor, promotor cultural, escribano, escritor y falsificador,

y me hubiera gustado ser pintor, administrar un prostíbulo, bailar como pachuco y ser torero de toros de 500 kilos, no como las vaquillas de 250 que capoteé un par de veces... ¡La mejor jugada de fútbol que hice, en sueños, se la inventó mucho después Cuauhtémoc Blanco sin darme crédito! Y me encantaría ser jardinero... ¡De todos estos oficios y pasiones hay registros y testigos, no creas que invento!... La experiencia de editor, como todas las otras, me ha servido para darme cuenta de que todavía no sé quién soy ni qué quiero ser cuando sea grande, y para escribir varios renglones, algunas páginas y unos muy pocos libros que todavía no son mi obra preferida, y, fundamentalmente, a respetar la escritura de los otros, a trabajar contra el ego y tratar de ser auténticamente modesto y consciente de mis límites y de la necesidad de corregir y corregir y corregir, de eliminar lo que sobra, de evitar las repeticiones inútiles, de leer con la mirada de otro mis textos...

18 Y de la fundación y el trabajo editorial La Casa Grande, ¿que podrías contarnos?

A mediados de los ochenta en México, la prensa, la radio, la televisión y la sociedad no paraban de hablar de su “colombianización”, para aludir a la violencia creciente del país y a la presencia violenta de los narcos colombianos; esa visión nos incomodaba, no por prejuicios nacionalistas, sino por la actitud hipócrita que escondía: en realidad, el narcotráfico colombiano se sustentaba en los precursores de la coca creados y comercializados por la industria química, en la producción, comercialización y tráfico de armas y en la captación del capital de la banca de Estados Unidos y de los países del “primer mundo”; asimismo, en la complicidad y la corrupción de algunos nefastos personajes de las autoridades mexicanas.

Entonces, ante el silencio de nuestra incompetente delegación diplomática, para contrarrestar esa maniquea visión de Colombia y los colombianos como narcotraficantes que, por cierto, alimentaban las cárceles y el fondo de los ríos, lagunas, mares y basureros con las vidas truncadas de algunos cuantos sacrificados para ocultar el tránsito de toneladas del blanco y estimulante polvo que iba a parar a las narices de políticos, banqueros, el jet set y gente del común gringo y del primer mundo, un grupo de artistas y escritores, entre otros Fabio Jurado, Óscar Castro, Adolfo Caicedo, Ariel Castillo y Eduardo García Aguilar, con el apoyo de García Márquez y Álvaro Mutis, decidimos

hacer las Jornadas Culturales Porfirio Barba Jacob, y años después la Semana Cultural de Colombia en México, que duró hasta el 2000.

La Casa Grande surgió como una necesidad y desarrollo de esa intensa actividad de intercambio y promoción cultural; se trató de una revista en la que publicábamos poesía, teatro, narrativa, fotografía, artes plásticas, crítica y reseñas, y organizábamos concursos de cuento y poesía. Tanto en la organización de la Semana como en la edición de la revista, primero, y en la edición de libros, después, aprendí mucho, me formé a la fuerza y a todo vapor como promotor, editor y crítico, y seguí aprendiendo de la vida y del ser humano, aprendizaje que había iniciado en la época de mi militancia política y la universidad y que, felizmente, no acaba.

19. ¿Cómo ves el trabajo del editor de libros en esta postmodernidad y sus prácticas mediáticas?

Con el oficio de editor sucede, a mi juicio, lo mismo que con muchos otros: el enorme y creciente monstruo del consumo tiende a desaparecerlo, a diluirlo, a banalizarlo: contribuyen a ello la publicación de más y más libros, muchos de ellos para presentar, incluir en los currículums o exhibir en las salas, hojear y tirar, tanto en los sellos editoriales clásicos como en los nuevos y muchas veces improvisados; la creación de autores y libros best seller; la producción de centenares de autores y miles de libros anodinos destinados al mercado infantil, y la aparición de programas digitales de traducción, corrección, diseño y edición que supuestamente reemplazan el trabajo del editor; pero, como en todo en la vida, también podemos encontrar editores cultos, grandes lectores, críticos, conocedores de la lengua y del oficio y los secretos de la edición, como lo fueron en su época Carlos Barral, Óscar Tusquets, Beatriz de Moura, Inge Feltrinelli, Jorge Herralde, Camilo Calderón, los hermanos Porrúa, Alfonso Reyes, Juan José Arreola, Neus Expesate, y hoy Pilar Reyes, Mario Jursich, Germán Villegas, Joaquín Diez Canedo, Blanca Sánchez y una pareja colombo mexicana formada por Ana María Jaramillo y José María Espinasa.

20. También has incursionado en la poesía, ¿cómo ha sido ese trabajo?

Sólo he publicado una plaquette, *Miniaturas y otros poemas*, Universidad Nacional de Colombia, aunque he escrito varios poemas más; tengo especial

predilección por las haikús o miniaturas; realmente, uno no termina de saber bien a bien cuál es su valor, más allá del anecdótico personal, pero tengo la sensación de que en unos cuantos he dado en el blanco, o al menos eso quisiera seguir creyendo... Y sé que a unas cuantas personas les han gustado, pero, en realidad, la poesía es un milagro: se siente y, de pronto, logras ponerla en negro sobre blanco, y esperas que ocurra el milagro de la comunión con algún lector. Aunque hay, evidentemente, un trabajo de lectura y relectura y corrección, cuando no de tirar a la basura, la poesía es básicamente un milagro: ocurre o no, y no hay mucho qué hacer...

21. Es extraño que escribas en varios géneros...

Sí, supongo que se debe a mi curiosidad, a mi búsqueda de identidad y la fascinación que siento por todas las formas del arte y la literatura... La verdad es que reconozco en mí desde mi niñez el impulso narrativo y el poético, sé que quiero cantar y contar, y al mismo tiempo que lamento mi falta de genio, celebro el gusto por todas las manifestaciones del arte, mi curiosidad y mi inconsciente decisión identitaria de probarlo todo, y celebro el placer de caminar en cada uno de los distintos géneros y sentir que sí se puede, que el arte está ahí para todos, que todos podemos disfrutar de él y que todos tenemos derecho a probar...

22. Me gustaría saber algo sobre tu amistad en México durante largos años con el escritor colombiano Álvaro Mutis.

Esa es una historia muy bonita: yo lo había leído en el bachillerato, y sabía de su legendaria existencia en la región más transparente del aire, dialogando con figuras como Luis Buñuel, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Juan Rulfo y Elena Poniatowska..., su voz en Los Intocables, su amistad con Gabo, su huida de Colombia, su tránsito por Lecumberri, su solidaridad con los jóvenes y los proyectos culturales, sus contradictorios y discutidos monarquismo y anarquismo, su irreverencia... Un día, Fabio y Óscar me convidaron a que fuéramos a visitarlo a sus oficinas de director de la Twenty Century Fox en el barrio Polanco, me puse mi paquetito de poemas debajo del brazo y salí con ellos en busca del maestro; ellos le pidieron que les ayudara en Las Jornadas Culturales, y él los puso en contacto con Gabo y otras personas que resultaron claves; yo estaba fascinado oyéndolo contar sus historias y sólo al

salir me acordé del paquetito; me miró y me dijo: “Mario: si quieres, dámelo, pero yo no te voy a decir nada: uno siempre sabe cuándo da en el blanco”: una lección que no olvido.

Como colombianos coincidimos en Las Jornadas Porfirio Barba Jacob y en las presentaciones y las exposiciones de nuestros paisanos... Después, cuando organicé la Semana Cultural de Colombia le pedí no sólo que participara sino que la inaugurara, y para nuestra fortuna así lo hizo durante varios años, y luego con la revista... En esos encuentros, poco a poco, se incrementó la comunicación con él y Carmen, su esposa, y pude disfrutar de sus anécdotas y enseñanzas, y de unos cuantos tequilas y martinis, en dura competencia con los de Buñuel...

23. Y ahora, ¿cuáles son tus proyectos de escritura?

Como te decía, seguir escribiendo cuentos; escribir y corregir un nuevo capítulo para mi *Historia y Muestra de la “Literatura Infantil Mexicana”*, corregir mi segunda novela, terminar un libro que estoy escribiendo desde hace años sobre Álvaro Mutis y apuntar las ideas que se me ocurren mientras camino por este inmenso paraíso que va de México a Colombia, por si tengo la fortuna de seguir viviendo y escribiendo.

Cali, septiembre 4 de 2018.